

bra de campanario que tranquilice el corazón.

En todo mi paseo no encontré más que á algun aldeano. Cosa notable en un país septentrional; los aldeanos holandeses saludan casi siempre á la gente que encuentran en su camino. Algunos se quitan el gorro con señal de curiosidad y que parece de desconfianza. Ordinariamente, dan los buenos dias ó las buenas tardes sin mirar á la cara de aquel á quien saludan. Si encuentran á dos personas, dicen: «Buenas tardes los dos» y si son más de dos: «Buenas tardes todos.» En un sendero, en medio de las primeras dunas, ví algunos de aquellos pobres pescadores que pasan casi todo el dia metidos en el agua hasta la cintura, recogiendo conchas que sirven para hacer un cemento particular, ó para echar en las calles de los jardines en lugar de arena. La operacion que tienen que hacer para quitarse las enormes botas de cuero con que van al mar, lleva, y no es decir mucho, media hora de abrumadora fatiga, que serviria de pretexto á un marinero italiano para sacar á relucir á todos los santos de la córte celestial. Ellos, por el contrario, hacen aquel trabajo con una calma que dá sueño, sin dar á conocer la menor impaciencia y no levantando la cabeza antes de concluir, aunque oyeran un cañonazo.

Estando en aquellas dunas, junto á un obelisco que recuerda la vuelta de Guillermo de Oran-

ge de Inglaterra, despues de la dominacion francesa, ví por primera vez una de esas puestas de sol que despiertan en nosotros los italianos un sentimiento de admiracion, diferente, pero no ménos vivo, del que los ocasos de Nápoles y de Roma despiertan en los extranjeros del Norte. El sol, por el efecto refrangente de los vapores de que siempre está lleno el aire en Holanda, aparecia de un tamaño admirablemente grande y difundia entre las nubes y sobre el mar un resplandor velado y trémulo como el reflejo de un inmenso incendio. Parecia otro sol aparecido inesperadamente en el horizonte, que debia ponerse para no mostrarse jamás á esta tierra. Un niño hubiera creído aquello que dijo un poeta:—En Holanda, el sol muere;—y al hombre más frio se le hubiera escapado de los lábios un adios.

Puesto que he hablado de un paseo á Scheveningen, recordaré otras dos buenas excursiones que hice desde El Haya en el pasado invierno.

La primera fué al pueblo de Naaldwijk, y de este pueblo á la orilla del mar, donde se está abriendo el nuevo canal de Rotterdam. En Naaldwijk, gracias á la cortesía de un inspector de escuelas que me acompañaba, satisfice mi deseo vivísimo de ver una escuela elemental; y me corresponde decir, que mi benévola espectacion fué superada con exceso. La casa, construida á propósito para escuela, está aislada y no tiene más

que el piso bajo. Entramos primero en un pequeño vestíbulo, donde habia un monton de zuecos, que el inspector me dijo pertenecian á los escolares, que suelen dejarlos al entrar y ponérselos al salir. En la escuela, los muchachos están con las medias solas, y no tienen ningun frio, porque son muy dobles; pero principalmente, porque las habitaciones están caldeadas como gabinetes de ministros. Entramos, los escolares se levantaron y el maestro salió al encuentro del inspector. Hasta aquel pobre maestro de pueblo hablaba francés y así pude conversar con él un poco. Habia en la sala unos cuarenta discípulos, la mitad varones y la mitad hembras; éstas á un lado y aquellos á otro; todos rubios, gruesos, con facciones llenas de hombría de bien, con cierto aire precóz de papás y mamás, que no podia mirarlos sin reirme. El edificio está dividido en cinco salas, separadas una de otra por una gran vidriera que cubre todo el vano como una pared; de manera que cuando falta el maestro en una clase, el de la clase vecina puede vigilar á los discipulos de su colega sin moverse de su puesto. Todas las salas son espaciosas y tienen ventanas de la altura del suelo casi al techo; así es que hay tanta claridad como en medio de la calle. Los bancos, las paredes, el suelo, los vidrios, las estufas, todo estaba tan limpio como en una sala de baile. Acordándome de ciertas sentinas pestíferas de las escuelas que

habia frecuentado de niño, quise ver ciertos sitios retirados y los encontré como se encuentran en pocas de las primeras fondas. Ví tambien en las paredes muchos objetos que recuerdo haber deseado tanto, cuando me sentaba en aquellos bancos: como cuadritos con paisajes y figuras, á los que el maestro aplica relatos y enseñanzas para que se graben más en la memoria; imágenes de objetos y animales; cartas geográficas hechas á propósito con grandes nombres y colores vivos; sentencias, reglas gramaticales, preceptos estampados en letras de caja. Una cosa sola me parecia que dejaba algo que desear: la limpieza de las personas.

No quiero repetir aquí lo que muchos han escrito, y aun hay holandés que lo afirma, que en Holanda se descuida generalmente la limpieza de la piel, que las mujeres no se bañan y que las patas de las mesas están más limpias que las piernas de las gentes. Pero es cierto que se cuida allí de la limpieza de las cosas infinitamente más que de la limpieza de las personas, y que la medianía de ésta resalta más por la excelencia de la primera. En una escuela italiana, acaso aquellos niños me hubieran parecido aseados; pero comparándolos con la nitidez maravillosa de los objetos que los rodeaban, y pensando que eran hijos de las mismas mujeres que emplean medio dia en lavar puertas y ventanas, me parecieron, y lo eran en

efecto, un poco súcios. En ciertas escuelas de Suiza, hay lavatorios donde los muchachos tienen obligación de lavarse al entrar y al salir. Me hubiera gustado, para que no me quedase nada que desear, ver también esos lavatorios en las escuelas de Holanda.

He dicho «aquel pobre maestro» por costumbre; porque luego supe que tiene un sueldo de más de dos mil doscientas pesetas y una habitación en una hermosa casa del pueblo. En Holanda, los maestros de las escuelas elementales, los jefes, porque también hay ayudantes, no tienen sueldo menor de ochocientas pesetas, que es el *mínimum* establecido por la ley, que pueden dar los Ayuntamientos. Pero ningún Ayuntamiento se queda en esta suma, y hay maestros que tienen el estipendio de uno de nuestros profesores de Universidad. Es verdad que en Holanda la vida es bastante más cara que en Italia; pero también es verdad que tales sueldos, que á nosotros nos parecen pingües, á ellos les parecen escasos y se trata de aumentarlos. Y hay que echar también en la balanza que los maestros holandeses, dada la diversidad del carácter nacional, tienen que hacer bastante menos gasto de pulmones, de paciencia y de buen génio que los maestros italianos; lo que no es de despreciar, si se tiene en cuenta la salud para algo.

De Naaldwijk nos dirigimos hácia el mar.

Camino adelante, mi cortés compañero me explicó claramente en qué estado se encuentra en Holanda la cuestión de la enseñanza. En los países latinos, la gente interrogada por un extranjero, le contesta tratando de hacer ver que sabe y que habla bien; en Holanda se encaminan á hacer comprender una cosa; y si no la comprendéis á la primera, vuelven á comenzar y os la meten en la cabeza clara y completa como ellos la entienden.

La cuestión de la enseñanza en Holanda es, como casi todas las demás, una cuestión religiosa, que, á su vez, es la más grave, quizá la única cuestión que agita al país.

De los tres millones y medio de habitantes que cuenta Holanda, la tercera parte, como es notorio, son católicos; unos cien mil, israelitas; los demás protestantes. Los católicos, que habitan en gran parte las provincias meridionales, Limburgo y Bravante, no están, como en otros países, separados en política, sino que constituyen una sola legión clerical, papista, ultramontana,—la más fiel legión de Roma, como dicen los mismos holandeses;—entre la que se venden las pajas sobre que duerme el Pontífice, y se maldice á la Italia desde el púlpito y en los periódicos. Este partido católico, que no tendría gran fuerza por sí mismo, adquiere muchísima por estar los protestantes divididos en gran número de sectas religiosas: calvinistas ortodoxos; protestantes que

creen en la revelacion, pero rechazan ciertos dogmas de la Iglesia; otros que niegan la divinidad de Cristo, sin separarse por eso de la iglesia protestante; otros que creen en Dios, pero que están separados de toda iglesia; otros, y entre estos muchos de gran talento, que hacen profesion clara de ateísmo. En este estado de cosas, el partido católico tiene por aliados naturales á los calvinistas; los cuales, como fervorosos creyentes y conservadores inflexibles de la religion de sus padres, están bastante ménos separados de los católicos que de una buena parte de sus correligionarios, y forman en cierto modo el partido clerical del protestantismo. En los Estados Generales están de una parte los católicos y los calvinistas, del otro un partido liberal, y entre éstos hay una masa vacilante, que no permite á ninguna de las dos partes una superioridad absoluta. El caballo de batalla entre los partidos extremos es la cuestion de la enseñanza primaria, y ésta se reduce, por parte de los católicos y de los calvinistas, á querer que las actuales escuelas llamadas mixtas, en las que no se dá ninguna enseñanza religiosa particular, para que puedan concurrir juntos católicos y protestantes de todas las doctrinas, sean sustituidas por otras, sostenidas tambien por los Ayuntamientos, bajo la direccion del Estado, en las cuales se dé una enseñanza dogmática. Fácil es comprender la gravedad de las consecuencias que

acarrearía tal excision en la educacion popular, los gérmenes de discordia y de ódios religiosos, la perturbacion que se originaría con el tiempo de unir á la juventud en grupos de diversa fé. Hasta ahora ha prevalecido el principio de la escuela mixta, pero las victorias de los liberales fueron difíciles; los católicos y los calvinistas arrancaron sucesivamente concesiones y se preparan á arrancar más; el partido católico, en una palabra, más fuerte que el partido calvinista, uno, agrupado, resuelto, gana terreno de dia en dia, y no es inverosímil que llegue á conseguir una victoria, aunque sea pasajera, que produzca en el país una reaccion violenta. ¡A tal estado han llegado las cosas en Holanda, que luchó ochenta años contra el despotismo católico y que ahora tiene graves motivos para temer acaso, en tiempo no lejano, una guerra religiosa!

A pesar de este estado de cosas que ha impedido hasta ahora la institucion, solicitada por los liberales, de la enseñanza obligatoria, y que aleja de las escuelas á un gran número de niños católicos, la instruccion popular está en Holanda en condiciones que puede envidiar cualquier Estado europeo. En proporecion, hay ménos individuos que no saben leer que en Prusia. Como dijo con justo orgullo un escritor holandés, severo en otras apreciaciones con su pátria, es el país donde los conocimientos indispensables á un hombre civili-

zados están más difundidos en Europa. Me chocó mucho una vez que pregunté á un holandés si entre las criadas habia algunas que no supiesen leer, que me contestase:—¡Ah! sí; me acuerdo que hace veinte años mi madre tenia una y se hablaba de ella como una rareza.—Es una satisfacción grande para un extranjero que no sepa la lengua, en una ciudad de Holanda, dar á leer un nombre de la *Guta* al primer chiquillo que sale al paso, y estar seguro de que lo entiende y se ingénia para enseñarle la calle por señas.

Hablando de católicos y calvinistas, llegamos á las dunas; y aunque estábamos á un paso de la playa, no veíamos aún el mar. «Extraño país es Holanda—le dije á mi amigo—donde todas las cosas juegan al escondite. Las fachadas esconden los tejados, los árboles esconden las casas, las ciudades esconden los buques, la niebla esconde los campos y las dunas esconden el mar.»—«Y un día ú otro—respondió mi amigo—el mar lo esconderá todo y habrá concluido el juego.»

Pasamos las dunas y nos adelantamos á la playa, donde se hacen los trabajos preparatorios para abrir el canal de Rotterdam.

Dos diques, uno de más de mil doscientos metros de largo y el otro de más de dos mil, y distantes un kilómetro entre sí, avanzan dentro del mar en direccion perpendicular á la playa. Estos dos diques, contruidos para proteger la entra-

da de los buques en el canal, están formados por varias filas de enormes estacas, de bloques descomunales de granito, de faginas, de piedras y de tierra, y tienen el ancho de diez hombres de frente. El mar, que los azota continuamente y los cubre en gran parte durante la marea alta, ha revestido enteramente piedras, vigas y faginas de una capa espesísima de conchas negras como el ébano, que de lejos parecen un inmenso tapiz de terciopelo, y dan á aquellos dos gigantescos baluartes un aspecto severo y magnífico como el de un paramento guerrero desplegado por Holanda para celebrar su victoria sobre el Oceano. En aquel momento subia la marea y hervía la batalla en torno de las lejanas extremidades de los diques. No es posible describir la rábía con que las ondas lívidas se vengaban del escarnio de aquellos dos enormes cuernos de granito que Holanda clava en el seno de su soberbio enemigo. Las estacas y las piedras eran empujadas, mordidas y abofeteadas por todas partes; cubiertas de oleadas desdeñosas; escupidas por una lluvia vaporosa que las ocultaba como una nube de polvo; envueltas por la resaca retorcida como una serpiente furiosa; azotadas, aun las más apartadas de la lucha, por salivazos inesperados, como avanzadas impacientes de aquel ejército infinito; y en tanto, el agua subia y se adelantaba obligando á los operarios más lejanos á ir retrocediendo poco á poco.

En el dique más largo—no muy lejos de la playa—estaban clavando estacas. Algunos obreros levantaban con gran trabajo, por medio de un aparejo de poleas, grandes masas de granito, y otros, en grupos de diez ó de quince, removían las estacas viejas para colocar las nuevas. Era hermoso ver el contraste entre la fúria de las olas que azotaban los lados del dique y la tranquilidad impasible de aquellos hombres. Pasóseme por las mientes que dirían para sus adentros como el marinero de la urca de los *Compra chicos*, en la novela de Víctor Hugo: «¡Múge, vieja!» Un viento que helaba hasta los tuétanos, hacía ondear sobre el rostro de aquellos bravos holandeses sus largos rizos rubios, y echaba de vez en cuando á sus piés y á sus vestidos salivazos de espuma; provocaciones vanas, á las que no contestaban ni siquiera con la mirada.

Ví clavar en el medio del dique una estaca, que era un corpulento tronco de árbol aguzado por una de sus extremidades y erguido entre dos postes paralelos, en medio de los que una máquina de vapor hacía correr un enorme mazo de hierro. La estaca debía abrirse paso á través de algunas durísimas capas de faginas y de piedras, y sin embargo, á cada golpe de aquel formidable martillo se hundía, despedazando, triturando y haciendo destrozos, más de un palmo, como si se empotrara en tierra. Entre preparar y clavar

aquella sola estaca, la operacion no duró ménos de una hora. Yo pensé en los millares de estacas que se habían clavado; en los millares que se tenían que clavar; en los interminables diques que defienden á Holanda; en los infinitos que fueron destrozados y reconstruidos; y abarcando con el pensamiento, por primera vez, la grandeza fabulosa de aquel trabajo, tuve una sensacion de espanto que me hizo permanecer largo rato inmóvil y sin decir palabra.

Entretanto, las aguas subían ya casi hasta la altura del dique, produciendo un rumor como de soplos, de suspiros, de voces cansadas, que parecían murmurar secretos de lejanos mares y de playas desconocidas; el viento soplaba más frio; comenzaba á oscurecer, y yo sentía cierto deseo inquieto de retirarme de los puestos avanzados al interior de la fortaleza. Tiré del faldon á mi amigo, que hacia una hora estaba en pié sobre un pedrusco, y volvimos á la playa. Entramos á beber un trago de *schiedam* en una de aquellas tiendas que se llaman en holandés *Ulega y pide*, donde se vende vino, conservas, cigarros, zapatos, manteca, pan, bizcochos y un poco de todo, y volvimos á tomar el camino de Gravenhagen.

El otro paseo fué el más feliz que yo dí en Holanda. Un queridísimo amigo mio de El Haya me convidó á almorzar con él en casa de un pariente suyo, que le había manifestado el cortés deseo de

conocerme. Pregunté á mi amigo dónde tenia la casa su pariente, y me contestó: «Lejos de El Haya.» Le pregunté hácia qué parte; no me lo quiso decir; solo sí me indicó que estuviese á la mañana siguiente en la estacion del ferro-carril, y me dejó. Por la mañana nos encontramos en la estacion; el amigo tomó billete para Leyden; llegamos á Leyden, nos apeamos, y en lugar de entrar en la ciudad, echamos á andar á campo atravesada. Entonces rogué á mi compañero que me revelase el secreto, y me contestó que no lo podía revelar. Sabia que cuando un holandés no quiere decir una cosa, no hay poder en el mundo que se la haga decir, y me resigné. Era el mes de Febrero, el cáriz daba oscuro y punta de nieve, y corria un viento impetuoso y frio que, á los cinco minutos de camino, nos puso la cara amoratada. Era domingo, el campo estaba desierto. Seguimos anda, anda, y vemos molinos de viento, canales, prados y casitas medio escondidas entre los árboles, con los tejados tapizados de musgo. Llegamos á un pueblo—los pueblos holandeses están cerrados por una barrera;—pasamos la puerta, entramos, no hay nadie; las puertas están cerradas, las ventanas tienen las cortinillas corridas; no se oye ni una voz, ni un paso, ni un aliento. Atravesamos el pueblo y pasamos por delante de una iglesia cubierta de yerba como una cabaña de jardinero, en las que, mirando por un ventanillo de

dice, era una coleccion de avechuchos que sacó á la vergüenza á la faz del universo. Así, casi todos los pintores holandeses escogieron entre las mujeres que pintaron las ménos bonitas á que echaban la vista encima, como si se hubieran dado de ojo para desacreditar el tipo femenino de su pátria. Las Susanas de Rembrandt, para citar los tipos que requieren más belleza que los demás, son feísimas criadas holandesas; y no hablemos de las mujeres de Brouwer, de Steen y de otros. Y no hay que decir que faltaban, como se ha visto, en su país, modelos de belleza noble al par que graciosa.

Francisco Van Mieris, el viejo, el primer discípulo de Gerardo Dov, delicadísimo y minucioso como él, (que pertenece, con Metsu y Terburg, dos pintores eminentes por su exactitud y colorido, al grupo de pintores del género íntimo que escogieron sus asuntos entre las clases elevadas de la sociedad), tiene tres hermosos cuadros, uno de los cuales representa al artista con su mujer. De Steen hay, entre otros, su asunto favorito: un médico que toma el pulso á una muchacha enferma de amor, y una ama de gobierno que está presente; admirable juego de sonrisas y de miradas llenas de malicia y de picardía imposibles de expresar, que quieren decir, en el médico:— Me parece que te entiendo; — en la enferma: — Otra cosa necesito y no tus recetas;—en el ama:— ¡Ya

se lo que tú quieres! — Otros cuadros de género íntimo de Schalken, de Tilborg, de Netschev, de Guillermo Van Mieris, representan cocinas, tiendas, comidas, familias de pintores.

En paisajes y marinas, hay las joyas más preciadas de Ruysdael, de Berghem, de Van de Velde, de Van der Neer, de Backhuizen, de Everdingen, además de un buen número de cuadros de Felipe Wouwerman, el pintor de caballos y de batallas.

Hay dos cuadros de Van Huysum, el gran pintor de flores; aquel que, habiendo nacido en un tiempo en que Holanda era presa de una especie de locura amorosa por las flores, y poseía las más bellas de Europa, celebró esta locura con su pincel, y despertó otra con sus cuadros. Nadie ha ejecutado más admirablemente que él los infinitos matices, la frescura, la transparencia, el aterciopelado, las gracias, los pudores, las languideces, los mil secretos de belleza, todos los aspectos de la vida pomposa y delicada de esta perla de la vegetación, de ese amoroso capricho de la Naturaleza, que es la flor. Los holandeses le llevaban las maravillas de sus jardines para que las copiase; todos los reyes le pedían flores, y se pagaban por sus cuadros sumas fabulosas para aquel tiempo. Celoso de su mujer y de su arte, trabajaba solo, invisible hasta para sus hermanos, para que no descubriesen el secreto de su co-

lorido, y así vivió y murió glorioso y melancólico en medio de los pétalos y de los perfumes.

Pero la primera obra maestra del Museo es la célebre *Lección de Anatomía*, de Rembrandt.

Este cuadro le fué inspirado por un sentimiento de gratitud al médico Tulp, profesor de Anatomía en Amsterdam, que lo protegió en su juventud. Rembrandt representó á Tulp con sus discípulos agrupados en torno de una mesa sobre la que está tendido un cadáver desnudo con un brazo separado del tronco por el cuchillo anatómico. El profesor con el sombrero puesto, en pié, enseña con las pinzas los músculos del cadáver y explica. Algunos de los discípulos están sentados, otros en pié, otros inclinados sobre el cadáver. La luz, que viene de izquierda á derecha, ilumina las fisonomías, y parte del cuerpo muerto, dejando en la oscuridad los vestidos, la mesa, y las paredes de la estancia. Las figuras son de tamaño natural.

Es difícil explicar el efecto que hace este cuadro. El primer sentimiento es el horror y la repugnancia que causa el cadáver. Tiene la frente en la sombra, los ojos abiertos con la pupila vuelta hácia arriba, la boca entreabierta como en señal de estupor, el pecho hinchado, las piernas y los piés secos, las carnes lívidas y parece que debe sentirse frío al poner la mano encima. Con este cuerpo rígido hacen poderoso contraste las actitu-



des vivaces, los rostros juveniles, los ojos húmedos, atentos, llenos de inteligencia de los discípulos, que revelan en diverso grado la actividad del saber, la alegría del aprender, la curiosidad, la maravilla, el esfuerzo de la inteligencia, la suspensión del ánimo. Hay en la composición del grupo un aire de misterio, de gravedad, de solemnidad científica, que imponen respeto y silencio. El contraste entre la luz y la sombra, es tan admirable como el que hay entre la muerte y la vida. Todo está representado allí con una minuciosidad increíble; pueden contarse los pliegues de las gorgueras, las arrugas de las caras y los pelos de las barbas. Dicen que está perdido el escorzo del cadáver y que lo acabado degenera en sequedad; pero el juicio universal coloca la *Leción de Anatomía* entre las más grandes obras maestras del ingenio humano.

Rembrandt no tenía más que veintiseis años cuando hizo este cuadro, que pertenece á su primer estilo, en el que todavía no se ve el atrevimiento, la audacia, la soberana seguridad del genio que fulgura en las obras de su edad madura; pero ya se ve todo aquel inmenso poder iluminador, aquel arte maravilloso del claro-oscuro, aquella fascinadora magia de los contrastes, que es el rasgo más original de su genio.

Por más profano que se sea en arte y se haya hecho propósito de no pecar de entusiasmo, cuan-

do se está delante de Rembrandt Van Rhijsz, no hay más remedio que levantar más el estilo. Rembrandt ejerce un prestigio particular. Fray Angelico es un santo, Miguel Angel es un gigante, Rafael es un ángel, Ticiano es un príncipe, Rembrandt es un espectro. ¿De qué otro modo se ha de llamar á éste hijo de un molinero, nacido en un molino de viento, que brota inesperado, sin maestros, sin ejemplos, sin ninguna derivación de escuela; se hace pintor universal, abraza todos los aspectos de la vida, pinta figura, paisaje, marinas, animales, los santos del cielo, los patriarcas, los héroes, los monjes, las riquezas y la miseria, la deformidad y la decrepitud, la tasca, el hospital, la muerte; pasa revista al cielo y á la tierra y lo envuelve todo en una luz arcana, que parece que ha brotado de su cabeza; y es á la vez grandioso y minucioso, idealista y realista, pintor y grabador; lo transfigura todo y no disimula nada, cambia los hombres en fantasmas, las escenas más vulgares de la vida en apariciones misteriosas, y estoy por decir que cambia á este mundo en otro, y sin embargo es el mismo? ¿Dónde ha tomado aquella luz indefinible, aquellos fulgores de rayos eléctricos y aquellos reflejos de ignotos astros que hacen meditar como un enigma? ¿Qué es lo que veía en las tinieblas este soñador, este visionario? ¿Cuál era el arcano que torturaba su ingenio? ¿Qué ha querido decir con el eterno conflicto de sus ra-